



MAURICE MERLEAU-PONTY

JEAN-PAUL SARTRE

SIMONE DE BEAUVOIR

ALBERT CAMUS

Por la autora de *Cómo vivir*
Una vida con Montaigne

SARAH BAKEWELL

EN EL CAFÉ DE LOS
EXISTENCIALISTAS

Sexo, café y cigarrillos
o cuando filosofar era provocador

Ariel

Índice

Portada

Dedicatoria

1. ¡Señor, el existencialismo, qué horror!
2. A las propias cosas
3. El mago de Messkirch
4. El ellos, la llamada
5. Masticar almendros en flor
6. No me quiero comer mis manuscritos
7. Ocupación, liberación
8. Devastación
9. Estudios vitales
10. El filósofo bailarín
11. Croisés comme ça
12. Los ojos de los menos favorecidos
13. Cuando has probado la fenomenología...
14. El imponderable florecimiento

Reparto

Agradecimientos

Bibliografía seleccionada

Abreviaturas:

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para June y Ray

1

¡Señor, el existencialismo, qué horror!

En el que tres personas beben cócteles de albaricoque, más personas se quedan hasta tarde hablando de la libertad, y otras más cambian su vida. También nosotros nos preguntamos qué es el existencialismo.

A veces se dice que el existencialismo es más un estado de ánimo que una filosofía, y que se pueden encontrar sus huellas en los angustiados novelistas del siglo XIX, y más atrás aún, en Blaise Pascal, que se sentía aterrorizado por el silencio de los espacios infinitos, y antes en san Agustín, que indagaba sobre el alma, y antes incluso en el tedioso Eclesiastés del Viejo Testamento y en Job, el hombre que se atrevió a cuestionarse el juego que Dios estaba jugando con él y se vio intimidado y sometido. En cualquiera, en suma, que alguna vez se sintió insatisfecho, rebelde o alejado de algo.[1]

Pero podemos ir en el otro sentido e ir estrechando el campo para el nacimiento del existencialismo moderno hasta un momento, entre 1932 y 1933, en que tres jóvenes filósofos estaban sentados en el bar Bec-de-Gaz, en la calle de Montparnasse en París, escuchando los cotilleos y bebiendo la especialidad de la casa, cócteles de albaricoque. [2]

La que más tarde contó la historia con todo detalle fue Simone de Beauvoir, que entonces tenía unos veinticinco años y era dada a observar el mundo muy de cerca a través de sus elegantes ojos de párpados gruesos. Estaba allí con su novio, Jean-Paul Sartre, un joven de veintisiete años con los hombros caídos y los labios curvados hacia abajo como un mero, la cara marcada y las orejas salientes, y unos ojos que miraban en direcciones distintas porque el ojo que tenía casi ciego tendía a desviarse hacia fuera en una grave exotropía o desalineamiento de la mirada. Hablar con él desorientaba mucho a los que no estaban advertidos, pero si te esforzabas por centrarte en su ojo izquierdo, te encontrabas invariablemente con una inteligencia cálida: el ojo de un hombre interesado en todo lo que pudieras decirle.

Sartre y Beauvoir estaban muy interesados en aquel momento porque la tercera persona que ocupaba la mesa tenía noticias para ellos. Era el amable antiguo amigo del colegio de Sartre, Raymond Aron, compañero licenciado de la École Normale Supérieure. Como los otros dos, Aron estaba en París pasando las vacaciones escolares de invierno. Pero mientras Sartre y Beauvoir enseñaban en las provincias francesas (Sartre en Le Havre, Beauvoir en Ruan) Aron había estado estudiando en Berlín. Entonces hablaba a sus amigos de una filosofía que había descubierto allí con el sinuoso nombre de fenomenología... una palabra larga, pero elegantemente equilibrada que, en cualquier idioma, puede constituir un verso de un trímetro yámbico por sí sola.

Aron seguramente les dijo algo como esto: los filósofos tradicionales a menudo empezaban con axiomas o teorías abstractos, pero los fenomenólogos alemanes iban directamente a por la vida tal y como la experimentaban, momento a momento. Dejaban a un lado la mayor parte de lo que había constituido la filosofía desde Platón: rompecabezas

absurdos sobre si las cosas son reales o cómo podemos saber algo de ellas. Por el contrario, señalaban que cualquier filósofo que hiciera esas preguntas ya estaba arrojado a un mundo lleno de cosas... o al menos, lleno de apariencias de cosas, o «fenómenos» (de la palabra griega *phenomena*, que significa «cosas que aparecen»). Así que, ¿por qué no concentrarse en el encuentro con los fenómenos e ignorar el resto? Los antiguos interrogantes no debían seguir planteándose siempre, sino que podían quedar entre paréntesis, por decirlo así, de modo que los filósofos pudieran enfrentarse con asuntos mucho más terrenales.

El pensador más importante de la fenomenología, Edmund Husserl, proporcionó el grito de guerra: «¡A las propias cosas!».[3] Significaba: no pierdas tiempo preguntándote si las cosas son reales o no. Simplemente, mira esto que se presenta ante ti, sea lo que sea, y descríbelo con la mayor precisión que puedas. Otro fenomenólogo, Martin Heidegger, añadía un giro distinto. Los filósofos, a lo largo de la historia, han perdido el tiempo con asuntos secundarios, decía, mientras olvidaban hacer la pregunta que más importa, la cuestión del ser. ¿Qué es ser, por ejemplo? ¿Qué significa decir que uno mismo es? Hasta que no te preguntes eso, mantenía, nunca llegarás a ninguna parte. Una vez más, recomendaba el método fenomenológico: deja a un lado el embrollo intelectual, presta atención a las cosas y deja que se revelen por sí mismas ante ti.

—Ya ves, *mon petit camarade* —le dijo Aron a Sartre; «mi pequeño camarada» era su apodo para él desde que ambos eran escolares—, si eres fenomenólogo, puedes hablar de este cóctel y hacer filosofía sobre él.

Beauvoir dice que Sartre se puso pálido al oír esto, pero lo está dramatizando, presentándolo de tal modo que parece que no hubieran oído hablar nunca de la fenomenología. En realidad sí que habían intentado leer un poco a Hei-

degger. Una traducción de su conferencia «¿Qué es la metafísica?» había aparecido en el mismo número del periódico *Bifur* que un ensayo temprano de Sartre en 1931. Pero, escribía ella, «como no entendimos ni una palabra, no vimos realmente su interés».[4] Entonces sí que le veían el interés: era una forma de hacer filosofía que la reconectaba con la experiencia normal, vivida.



Jean-Paul Sartre and Simone de Beauvoir, c.1945 (*Bridgeman Images/Age Fotostock*)

Estaban más que dispuestos para ese nuevo comienzo. En el colegio y en la universidad, Sartre, Beauvoir y Aron habían pasado por el austero plan de estudios de la filosofía francesa, dominada por cuestiones de conocimiento e interminables reinterpretaciones de las obras de Immanuel Kant. Las cuestiones epistemológicas se abrían una hacia la

otra como los giros de un caleidoscopio que diera vueltas, volviendo siempre al mismo punto: creo que sé algo, pero ¿cómo puedo saber que sé lo que sé? Era todo muy difícil, pero fútil, y los tres estudiantes (aunque sacaban notas excelentes en los exámenes) se sentían insatisfechos, Sartre el que más. Tras licenciarse insinuó que estaba incubando una nueva «filosofía destructiva»,^[5] pero se mostró poco definido acerca de la forma que tomaría, por la sencilla razón de que él mismo no lo tenía claro. Apenas la había desarrollado, aparte de un espíritu general de rebelión. Ahora, parecía que otras personas la tenían antes que él. Si Sartre se puso blanco ante las noticias de Aron sobre la fenomenología, probablemente fue por resentimiento, tanto como por emoción.

En cualquier caso nunca se olvidó de ese momento, y lo comentó en una entrevista, cuarenta años después. «Le aseguro que aquello me dejó anonadado.»^[6] Ahí, al menos, había una filosofía real. Según Beauvoir, corrió a la librería más cercana y dijo, en efecto: «Deme todo lo que tenga de fenomenología, ¡ya!». Y lo que le entregaron fue un delgado librito escrito por el alumno de Husserl, Emmanuel Levinas, *La théorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl*, o *La teoría fenomenológica de la intuición*. En aquella época, los libros tenían las páginas sin cortar. Sartre desgarró los bordes del libro de Levinas, sin esperar a usar un abrecartas, y empezó a leer mientras iba andando por la calle. Parecía Keats al encontrarse con la traducción de Homero que hizo Chapman:^[7]

*Then felt I like some watcher of the skies,
When a new planet swims into his ken;
Or like stout Cortez when with eagle eyes
He star'd at the Pacific —and all his men
Look'd at each other with a wild surmise—
Silent, upon a peak in Darien[*]*

Sartre no tenía ojos de águila y no se le daba bien quedarse en silencio, pero ciertamente, estaba lleno de incertidumbres. Aron, viendo su entusiasmo, sugirió que viajase a Berlín al otoño siguiente para estudiar en el instituto francés que había allí, igual que había hecho él. Sartre podía estudiar el idioma alemán, leer las obras de los fenomenólogos en su idioma original y absorber su energía filosófica allí mismo.

Los nazis acababan de llegar al poder, y 1933 no era precisamente el año más indicado para trasladarse a Alemania. Pero era un buen momento para que Sartre cambiase la dirección de su vida. Estaba aburrido de enseñar, aburrido de lo que había aprendido en la universidad, y decepcionado por no haberse transformado todavía en el autor de genio que esperaba llegar a ser desde la niñez. Para escribir lo que quería (novelas, ensayos, todo) sabía que primero debía vivir aventuras. Había fantaseado con trabajar con estibadores en Constantinopla, meditar con los monjes del monte Atos, merodear con los parias en la India y enfrentarse a las tempestades con los pescadores de la costa de Terranova. Por el momento, no enseñar a niños en Le Havre ya era una aventura suficiente.[8]

Hizo los arreglos necesarios, pasó el verano y llegó a Berlín a estudiar. Cuando volvió, al final de aquel año, trajo consigo una nueva mezcla: los métodos de la fenomenología alemana combinados con ideas del filósofo danés Søren Kierkegaard y otros, realzado todo con el aderezo inconfundiblemente francés de su propia sensibilidad literaria. Aplicó la fenomenología a la vida de la gente de una manera mucho más emocionante y personal de lo que sus inventores habían pensado jamás hacer, y de ese modo resultó ser el padre fundador de una filosofía que se volvió in-

ternacional en impacto, pero que seguía siendo parisina en su aroma: el existencialismo moderno.

La invención de Sartre era brillante porque, de hecho, pretendía convertir la fenomenología en una filosofía de cócteles de albaricoque... y de los camareros que los servían. También era una filosofía de la expectación, del cansancio, de la aprensión, de la emoción, de subir andando una colina, de la pasión por un amante deseado y la repulsión hacia otro no deseado, de los jardines parisinos, del frío mar de otoño en Le Havre, de la sensación de estar sentado en un sillón tapizado muy mullido, de la manera en que los pechos de una mujer se aplastan cuando se echa de espaldas, de la expectación de un combate de boxeo, una película, una canción de jazz, de la silueta de dos desconocidos que se reúnen bajo una farola, en la calle. Creó la filosofía del vértigo, del voyeurismo, de la vergüenza, el sadismo, la revolución, la música y el sexo. Muchísimo sexo.

Donde filósofos anteriores a él habían escrito cuidadosas proposiciones y argumentos, Sartre escribía como un novelista... y no resulta sorprendente, porque lo era. En sus novelas, relatos breves y obras de teatro, así como en sus tratados filosóficos, escribía acerca de las sensaciones físicas del mundo y de las estructuras y humores de la vida humana. Por encima de todo, escribía sobre un tema importantísimo: qué significaba ser libre.

La libertad, para él, residía en el corazón de toda experiencia humana, y eso dejaba a los seres humanos aparte de todos los demás tipos de objetos. Las demás cosas simplemente estaban en su lugar, esperando que alguien las moviera para aquí o para allá. Incluso los animales no humanos en su mayor parte seguían los instintos y conductas que caracterizaban a su especie, creía Sartre. Pero como ser

humano, yo no tengo ninguna naturaleza predefinida. Creo esa naturaleza a través de lo que decido hacer. Por supuesto, puede influirme mi biología, o determinados aspectos de mi cultura y mi entorno personal, pero nada de eso equivale a un diseño completo para producirme. Yo siempre voy un paso por delante de mí mismo, haciéndome mientras avanzo.

Sartre explicó ese principio en un lema breve que para él definía el existencialismo: «La existencia precede a la esencia».[9] Lo que esa fórmula gana en brevedad lo pierde en comprensibilidad. Pero significa, más o menos, que habiéndome encontrado arrojado al mundo, yo sigo creando mi propia definición (o naturaleza, o esencia) de una manera que nunca ocurre con otros objetos o formas de vida. Puedes pensar que me has definido con alguna etiqueta, pero estarías equivocado, porque yo siempre soy una obra en marcha. Yo creo mi propio ser constantemente a través de la acción, y eso es tan fundamental para mi condición humana que, para Sartre, es la condición humana, desde el momento de la primera conciencia hasta el momento en que la muerte la borra. Yo soy mi propia libertad: ni más, ni menos.

Era una idea embriagadora, y en cuanto Sartre la hubo acabado de definir (es decir, hacia los últimos años de la segunda guerra mundial) le convirtió en una estrella. Le festejaban y le cortejaban como a un gurú, le entrevistaban, le fotografiaban y le encargaban artículos y prólogos, le invitaban a comités y a programas de radio. La gente a menudo le llamaba para que se pronunciara sobre temas que estaban fuera de su campo de conocimiento, pero a él nunca le faltaban las palabras. Simone de Beauvoir también escribía ficción, programas de radio, diarios, ensayos y tratados filosóficos, todos ellos unidos por una filosofía que a menudo estaba cercana a la de Sartre, aunque ella la había desa-

rollado en gran parte separadamente, y su énfasis difería. Los dos iban a ciclos de conferencias y presentaciones de libros juntos, y a veces los colocaban en sillones como tronos en el centro de las discusiones, como correspondía al rey y la reina del existencialismo.[10]

Sartre se dio cuenta por primera vez de que se había convertido en un famoso el 28 de octubre de 1945, cuando dio una charla pública para el Club Maintenant (el «Club Ahora») en la Salle des Centraux, en París. Tanto él como los organizadores habían subestimado la multitud que se reuniría para oír hablar a Sartre. La gente asaltó las taquillas; muchas personas entraron gratis porque no podían acercarse siquiera al mostrador para sacar la entrada. En el alboroto, algunas sillas sufrieron desperfectos y unos cuantos integrantes del público se desmayaron debido al calor intempestivo. Como expresaba el que escribía los pies de foto para la revista *Time*, «Filósofo Sartre. Las mujeres se desmayaban».[11]

La charla fue un gran éxito. Sartre, que solo medía metro cincuenta de alto, debía de ser apenas visible entre la multitud, pero hizo una exposición entusiasta de sus ideas, y más tarde las convirtió en un libro, *L'existentialisme est un humanisme* (*El existencialismo es un humanismo*). Tanto la charla como el libro culminaban con una anécdota que seguramente sonaría muy familiar a un público que acababa de vivir la experiencia de la ocupación nazi y la posterior liberación. La historia resumía tanto el impacto como el atractivo de su filosofía.

Un día, durante la ocupación, decía Sartre, un antiguo alumno suyo había ido a verle y a pedirle consejo. El hermano del joven había muerto en combate en 1940, antes de la rendición de Francia; luego su padre se había convertido en colaborador y había abandonado a la familia. El joven era el único apoyo y la única compañía de su madre.

Pero lo que ansiaba hacer era escabullirse y pasar la frontera por España o por Inglaterra para unirse a las fuerzas de la Francia libre en el exilio y luchar contra los nazis... por fin vería combates encarnizados y tendría la oportunidad de vengar a su hermano, desafiar a su padre y ayudar a liberar su país. El problema era que dejaría a su madre sola y en peligro, en un momento en que era difícil incluso llevar algo de comida a la mesa. Y también le causaría problemas con los alemanes. De modo que... ¿debía hacer lo correcto con su madre, beneficiándola claramente a ella sola, o debía aprovechar la oportunidad de unirse a la lucha y hacer algo bueno por muchas personas?

Los filósofos todavía siguen metiéndose en líos al intentar responder a interrogantes éticos de este tipo. El enigma de Sartre tenía algo en común con un famoso experimento de pensamiento, el «problema de la vagoneta».[12] Este plantea que tú ves un tren a toda velocidad o una vagoneta corriendo por una vía sobre la cual, un poco más adelante, están atadas cinco personas. Si no haces nada, las cinco personas morirán... pero te das cuenta de que hay una palanca de la que podrías tirar para desviar el tren hacia una vía lateral. Si lo haces, sin embargo, matarás a una persona, que está atada en esa parte de la vía, y que estaría a salvo de no ser por tu acción. Así que: ¿causas la muerte de esa única persona o no haces nada y permites que mueran cinco? (Hay una variante, el problema del «hombre gordo»: solo se puede descarrilar el tren arrojando a un individuo obeso a las vías desde un puente cercano. Esta vez debes poner físicamente las manos en la persona a la que vas a matar, cosa que hace el dilema mucho más visceral y difícil.) La decisión del alumno de Sartre podría verse como una decisión similar al «problema de la vagoneta», pero más complicada aún por el hecho de que no podía estar seguro de que yendo a Inglaterra ayudase realmente a nadie, ni

tampoco de que dejar a su madre le hiciera sufrir a ella algún daño grave.

Sin embargo, Sartre no deseaba encontrar una solución a través de un cálculo ético al estilo tradicional de los filósofos, y mucho menos del de los «vagonetólogos», como se les conocía. Dejó que su público pensara en ello más personalmente. ¿Qué se siente al verse enfrentado a semejante elección? ¿Cómo puede decidir su actuación un joven confuso? ¿Quién podría ayudarle, y cómo? Sartre enfocó esa última parte estableciendo la cuestión de quién «no» podría ayudarle.

Antes de acudir a Sartre, el alumno había pensado en buscar consejo en las autoridades morales establecidas. Pensó en ir a ver a un sacerdote, pero a veces los sacerdotes eran colaboradores, y de todos modos sabía que la ética cristiana solo podía decirle que amara a su prójimo e hiciera el bien a los demás, sin especificar quiénes (su madre o Francia). A continuación pensó en dirigirse a los filósofos que había estudiado en el colegio, supuestamente fuentes de sabiduría. Pero los filósofos eran demasiado abstractos: tuvo la sensación de que en su situación no podían decirle nada. Entonces intentó escuchar a su voz interior: quizá en lo más profundo de su corazón encontrara la respuesta. Pero no fue así. En su alma, el estudiante solo oía un clamor de voces diciendo cosas diferentes (quizá cosas como: debo quedarme, debo irme, debo hacer lo más valiente, debo ser un buen hijo, quiero acción, pero estoy asustado, no quiero morir, tengo que irme. ¡Seré un hombre mejor que papá! ¿Amo de verdad a mi país? ¿Estoy fingiendo?). En medio de todo ese guirigay, no podía confiar en sí mismo. Como último recurso, el joven se dirigió a su antiguo profesor, Sartre, sabiendo que de él al menos no obtendría una respuesta convencional.